

## LA MÚSICA DEL MONTE. HECTOR HUGH MUNRO SAKI

El relato que reseñamos hoy en El Electrobarro es *La música del monte*, de Hector Hugh Munro, firmado con el sobrenombre que utilizó como corresponsal en The morning Post y como escritor independiente posteriormente, *Saki*. Hector Hugh Munro padeció los excesos de la educación puritana victoriana hasta que se «alistó» en algunos diarios en Rusia y París.

Nos dejó una brillante historia de Rusia antes de morir con el ejército británico en la batalla de Beaumont Hamel, donde se desempeñaba como sargento de fusileros. Póstumamente se publicaron sus libros *Los juguetes de paz* y *El huevo cuadrado y otros bocetos*. Sus narraciones son de una penetración irónica y a veces vengativa contra la cultura que sufrió, como veremos en el relato que nos ocupa. Su estilo punzante y salpicado de empatía por la diferencia ha influenciado a muchos escritores e historiadores posteriores, como advertimos en la obra literaria y mitológica de Robert Graves. Autores de la talla de Jorge Luis Borges han dicho de Munro:

*Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.*

*La música del monte* es un relato breve incluido en el volumen *Cuentos de humor negro*, y como está integrado junto a otros relatos también de humor negro en un libro con ese título, de humor negro es. Sucede con el humor de *Saki* que no llega a todos por igual; no impacta de la misma forma a una persona u otra, como ha pasado y pasará siempre a nuestra especie.

El que solo vea que Homer Simpson es un egoísta desinteresado (a veces), no verá que es un constructo de todas las virtudes y defectos humanos que conocemos. El que vea solo cómo lucha y ejecuta los planes más descabellados para imponer su ego, o que actúa de la manera más heroica imaginable para salvar a alguien de su familia, se quedará con ese sesgo y después se identificará o no con él: al fin y al cabo es un dibujo animado. Pues no. Bueno, sí es un dibujo animado, pero representa los logros y fracasos de la humanidad e ilumina nuestra realidad con estallidos cegadores como solo puede hacerlo el arte. Algo así pasa con *Saki*. En sus cuentos podemos encontrarnos con mendigos confundidos con opulentos señores victorianos, pero a diferencia de la propuesta de Mark Twain en *El príncipe y el mendigo*, aquí el intercambio de roles sociales trae aparejada una responsabilidad contraída con viejos e implacables enemigos.

O nos encontramos a niños desahuciados y explotados por cuidadoras intransigentes que rezan a criaturas (un hurón) salvajes, solicitando una justicia que, por ejemplo en Dickens, solo llegaba al final del libro por la gracia del dios escritor y la humildad y honor de sus criaturas maltratadas.

En *Saki* la justicia (y la venganza) provienen siempre de las fuerzas de la naturaleza, apoyadas en dioses paganos que han sido agraviados de alguna manera. La venganza de estas fuerzas naturales, parece advertir Saki en cada relato, tiene mucho que ver con el inexorable discurrir del tiempo. Algo que no todos los personajes respetan y que, como nos ocurre a todos, responde a nuestra ilusión de que siempre le toca a los otros y la cosa no va con nosotros, o a lo sumo pasará de largo. No pasa.

A Sylvia Seltoun le ocurre exactamente esto. Como buena dama adiestrada en la sobriedad y competitividad victoriana, se envanece de una victoria que el autor compara (sarcásticamente) con la de Cromwell en Worcester sobre las fuerzas monárquicas inglesas y escocesas unidas. Se ha casado con *el Muerto* Mortimer, de quien se nos anuncia que siente una «sincera indiferencia» por las mujeres. La victoria es rematada un día después, cuando consigue trasladar a su marido al campo, al condado de Yessney a una casa solariega. La advertencia de su suegra envanece aún más a Sylvia en su triunfo:

*Jamás conseguirás que vaya. Pero si lo consigues, allá se quedará. Yessney ejerce sobre él un hechizo tan fuerte como el de la ciudad. Una puede entender qué lo ata a la ciudad; pero Yessney...*

¿Qué es lo que ata al Muerto Mortimer a la ciudad que su madre entiende tan bien? Si unimos esta aseveración a la declaración del narrador de que siente una sincera indiferencia por las mujeres, no es muy arriesgado inferir que el triunfo de Sylvia se cimenta en haberse casado con un homosexual que solo en la inmensidad y vastedad de la urbe (y sus balnearios) puede pasar desapercibido. Luego quizá el triunfo de Sylvia ha sido solucionar sus problemas económicos de por vida.

*En aquel territorio agreste y despejado parecía latir una secreta alianza entre la alegría de vivir y el terror de cosas nunca vistas. Sylvia esbozó una sonrisa complaciente al contemplar el paisaje con una apreciación de escuela de artes; pero de pronto tuvo que reprimir un escalofrío.*

A la mente de Sylvia viene la imagen del dios Pan. Lo comenta de pasada, pero a Mortimer parece interesarle con más brío la idea del culto a Pan (el lector ya se imagina por qué razón). Sylvia se escandaliza levemente al advertir que Mortimer cree en Pan. Y Mortimer explica que es una insensatez jactarse de su incredulidad mientras se vive en estas tierras.

Cuando Sylvia inspecciona la zona, visitando los edificios, vemos que tiene una imagen bucólica y pastoril cercana a los consejos de Hesiodo acerca del trabajo en el campo, pero los propios

edificios grises y en mal estado le parecen una heredad entregada a los búhos y las telarañas. Además siente que algo la está vigilando, como una leve punzada de amenaza, pero no sabe a qué achacar esa sensación.

Entre almiarés y establos Sylvia escucha una voz argentina y ambigua. Se extraña, porque el único muchacho empleado en la granja es divisable en un sembrado de patatas. No le da mucha importancia, y el narrador confiesa que a Mortimer lo ve tan poco como lo veía en la ciudad: aquí se va a pescar truchas.

La vida sexual de la pareja es inexistente y Sylvia pasea todos los días por el bosque. Un día encuentra un altar de piedra coronado por una estatuilla de bronce de Pan joven.

Alguien ha situado unas uvas frescas en el altar, y Sylvia no puede consentir que un artículo tan poco abundante se desperdicie así. Enfadada y rabiosa vuelve con las uvas, pero

descubre al fin a quien la estaba vigilando: un muchacho tostado de mirada indeciblemente maligna, que hace que el miedo se apodere de ella. La rabia se convierte en miedo y las importantísimas uvas caen de su mano.

Cuando le habla a Mortimer de lo que ha ocurrido achaca la presencia a un joven gitano, pero Mortimer le asegura que no hay gitanos en esa época del año. Como su marido no responde, Sylvia explica su reacción cuando vio el altar, advirtiéndole a Mortimer que si alguien se entera de que hace ofrendas a un dios pagano la gente lo tomará por idiota. Mortimer responde con otra pregunta, si se le ocurrió tocar la ofrenda. Ella responde que lanzó las uvas lejos (no es cierto, se le cayeron del susto), pero para Sylvia aparentar estar por encima de los temores es esencial.

— No creo que haya sido muy sensato por tu parte. Los dioses silvanos son bastante terribles con quienes los enojan.

— Tal vez, con quienes creen en ellos; pero, ya ves, yo no. Mortimer, creo que muy pronto vamos a regresar a la ciudad.

— No creo que alguna vez vuelvas a la ciudad —pareció parafrasear el vaticinio de su madre respecto a él.

*Stop.* Los autoengaños del género humano son poderosos y el de Sylvia Seltoun aflora como los impuestos impagados del banco Santander ante una inspección de Hacienda (si esto se produjese algún día). Sylvia Seltoun solo puede ser una cosa: Sylvia Seltoun. Le han educado en la moral competitiva victoriana, si se encuentra un problema solo tiene que volver a imponerse para que desaparezca.

Si se siente amenazada, como es el caso, obtendrá una nueva «victoria» volviendo al lugar del que salir también fue considerado una «victoria». No creer en los microbios no te hace inmune a ellos, parece advertirle su marido, pero ante la estupidez del que está convencido que profesa la ideología correcta o definitiva, solo queda la prognosis inquietante: no cree que vuelva a la ciudad.

E inmediatamente después, la opinión del narrador apoyada en el autoengaño de Sylvia. No parece parafrasear a la madre de Mortimer y su vaticinio del matrimonio, lo que está haciendo es advertir a Sylvia de su muerte inminente. Pero el doble sentido oracular no se le puede escapar ya al lector. Sylvia se aparta en los próximos días de todo lo que tiene cuernos, hasta que se cansa y vuela al bosque atraída por la música de una flauta. La música se apaga, confundándose con los ladridos de una jauría en plena cacería. Sylvia no tarda en divisar el objeto de la cacería, un imponente ciervo rojo, y lo sigue: «Llena de esa excitada conmiseración que se siente por cualquier criatura perseguida en cuya captura no se está directamente interesado».

Es una máxima del cristianismo protestante (y católico), la piedad se aplica a aquello a lo que no queremos hacer daño; si Sylvia tuviera hambre y la obligación de matar al ciervo, no hubiera sentido piedad alguna. Sylvia sigue al ciervo hasta lo desaconsejable, enternecida por el sangriento espectáculo que se avecina y de repente los ladridos se extinguen.

La música de flauta se adueña del escenario y el gigantesco ciervo recula y embiste contra ella. Sylvia entiende que está en peligro, pero aún no sabe de qué clase ni por qué va a morir.

Aún busca a los perros —que ahora le vendrían muy bien, otra evidencia del utilitarismo con el que mira el ser humano la naturaleza— y cuando descubre que no está sola y que una figura humana la observa desde unas matas, todavía grita con convencimiento:

— ¡Espántelo!

*Las astas le apuntaban recto al pecho, el acre olor del animal llenaba sus narices, pero tenía los ojos llenos del pavor de algo que había visto, distinto al de la muerte venidera. Y en sus oídos repercutía el eco de la risa de un muchacho, argentina y ambigua.*

La cacería tenía una víctima obvia, pero Sylvia, atenazada por su cultura, es la última en entender que todos los seres mueren, que su piedad era falsa como sus creencias y que las pequeñas victorias del ego le importan muy poco a la eternidad.

**RUBÉN MUÑOZ HERRANZ**